

LA VOCACION DE LA CARMELITA DESCALZA

ORACION Y CONTEMPLACION CON LA IGLESIA Y POR LA IGLESIA

(Const. 126)

D. Marcelino Legido

Carmelo de Salamanca. 10 de julio de 1994

Vamos a ahondar el texto de Colosenses 1,24: *"Y a vosotros, que en otro tiempo fuisteis extraños y enemigos por vuestros pensamientos y malas obras, os ha reconciliado ahora por medio de la muerte en su cuerpo de carne, para presentaros santos, inmaculados e irreprochables delante de él, con tal que permanezcáis sólidamente cimentados en la fe, firmes e inmovibles en la esperanza del Evangelio que oísteis, que ha sido -proclamado a toda criatura bajo el cielo y del que yo, Pablo, he llegado a ser servidor. Ahora me alegro de los padecimientos que soporto -por vosotros y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia, de la cual he llegado a ser servidor, conforme a la misión que Dios me concedió en orden a vosotros para dar cumplimiento a la Palabra de Dios, el misterio escondido desde siglos y generaciones y manifestado ahora a sus santos, a -quienes Dios quiso dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo entre vosotros, la esperanza de la gloria, al cual nosotros anunciamos, amonestando e instruyendo a todos los hombres con toda sabiduría, a fin de presentaros a todos perfectos en Cristo; por eso precisamente me afano, luchando con la fuerza de Cristo, que actúa poderosamente en mí".*

Se ve que es un texto apostólico, es un latido del corazón de Pablo -está recogido por sus hermanos, que escriben la carta- dentro -del cual se esconde esta palabra misteriosa que vamos a rastrear esta- tarde. Es un abismo de luz al que nos vamos a asomar: *"Ahora, me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros..."* y lo más extraño es lo que viene ahora: *"y completo en mi carne lo que falta -pero ¿es que falta algo?- a la Pasión de Cristo"*. Y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su cuerpo -habría que traducir, mejor, sencillamente: "por su cuerpo, que es la Iglesia".

Es algo muy misterioso. Dentro de las nuevas Constituciones del Carmelo se encuentra un número -excepcional- que es el 126, al cual hay que dedicar una especial atención. Se trata de un comentario, hecho en el corazón del Carmelo, de este texto de Pablo, que hay que dar vueltas en el corazón, para poder sintonizar también con este texto:

"La vocación de las Carmelitas Descalzas es esencialmente eclesial y apostólica. El apostolado al que Sta. Teresa quiso que se dedicaran sus hijas es puramente contemplativo y consiste en la oración y la inmolación con la Iglesia y por la Iglesia, excluyendo toda forma de apostolado activo".

Y aquí siguen estas líneas que son excepcionalmente valiosas:

"Unidas a la intercesión y al sacrificio de Cristo, ofreciéndose todas juntas a Dios, completan lo que falta a los sufrimientos del Señor, en favor de su Cuerpo Místico" (Col. 1, 24). De este modo se abren a la acción del Espíritu Santo, que guía y vivifica a la Iglesia, y tienden a alcanzar ese puro y solitario amor, que es más precioso delante de Dios y de más provecho para la Iglesia que otras obras juntas".

Indudablemente se ve que, en este texto, se encuentran nada menos que el texto del Cántico de San Juan de la Cruz "ese poquito de amor puro" que es Cántico B, 29, 2-3, más un texto central de "Venite Seorsum" en el cual se presenta la vida contemplativa como una asociación al Misterio Pascual.

Entonces, toda la vida de inmolación del Carmelo, tiene que estar entroncada en la Eucaristía, de tal manera que hay un título cristológico que aparece en las Constituciones, que es de excepcional valor, es el título de Cristo **Mediador**, Sacerdote y Víctima. En ese sentido, este número debe de ser completado con el 64:

"En la Celebración Litúrgica la Comunidad, como asamblea que actualizar el Misterio de la Iglesia, participa en el Misterio Pascual de Cristo y en el ejercicio de su sacerdocio. En efecto, El, Cristo, Sacerdote y Víctima, nutre y santifica a su Iglesia con la Palabra, los sacramentos y la-oración; y, mediante el don del Espíritu Santo, la asocia a Sí, para ofrecer el culto de glorificación al Padre, en bien de toda la Humanidad".(Sac. Conc. 7).

Estos textos es lo que podría intentar dar vueltas en el corazón. Yo intentaría situarme en el alma de Jesús, es decir, cómo es ese "por", ese misterioso "por" en el alma de Jesús. Sabemos, por los textos del Evangelio, cuál era el latido más hondo del corazón del Hijo de Dios. Era: **"Padre, aquí estoy por ellos, en alabanza a la gloria de tu gracia"**. Éste es el latido más hondo de su alma, que empalma estrechamente con los Cantos del Siervo, de Isaías. Seguramente son estos Cantos del Siervo los textos del Antiguo Testamento que más han latido en su corazón. Por tanto, en el fondo, lo que analizamos es ese "por", "por ellos". ¿Qué significa en realidad esta preposición? Vamos a asomarnos un poco a ella, y luego intentaremos rastrear este latido del alma del Señor.

La palabra "por" tiene tres sentidos: En primer lugar es un sentido de **sustitución**: alguien tiene que sufrir, y hay alguien que se pone en su puesto para cargar con el sufrimiento que tiene que llevar el otro. Este es un gesto de sustitución, se sustituye a quien ha de sufrir.

La preposición "por" significa también **inmolación**. No solamente uno sustituye a otro, sino que muere por el otro. En el primer caso, la palabra "por" indica en el puesto de los hermanos. En el segundo caso, cuando se trata de dar la vida por ellos, no solamente es estar en el puesto de -ellos, sino en favor de ellos, por ellos, para ellos.

Esta palabra "por" tiene un sentido supremo, y es aquí donde verdaderamente se plantean las dificultades, y es el sentido de **"expiación"**. La palabra expiación es que, en la muerte Pascual del Señor, el Padre, en su Sangre, **ha borrado** todos los pecados de todos los hombres, de toda la tierra, de todos los siglos. **EXPIACIÓN**. Y ahí sí que nos encontramos con un gesto que parece ser propio y único de Él por ser un Hijo del Amor; y la pregunta es: ¿Es que podemos nosotros asociarnos a ese gesto? En este caso diríamos que la preposición "por" significa no "en el puesto de los hermanos", no sólo "en favor de los hermanos", sino "más allá de los hermanos", sobrepasando a los hermanos", "haciéndolos pasar, en su paso, a los hermanos". Un gesto propio, únicamente, del Hijo único, que ha tomado nuestra carne y, al unirla a Sí mismo por la unión hipostática, la unión de la carne al Verbo, ha realizado la Redención, la reconciliación, la Salvación del mundo. Claro, la palabra "por ellos", o este texto de Pablo "por la Iglesia", es un abismo de luz en el cual nuestra mirada se pierde.

¿Podríamos nosotros rastrear algo de estos latidos del alma del Señor a lo largo del Evangelio? Esto merecería una meditación muy larga y detenida. Pero como mi mirada desearía centrarse hoy en torno al Misterio Pascual, hecho presente en la Eucaristía, pues

indudablemente, en la segunda parte del camino de Jesús, aparece claramente este latido de manera muy viva. Recordemos cómo, después de la llamada "crisis de Galilea" en la cual el Señor se queda solo, porque la mesa del Reino no la quiere nadie, ni siquiera los mismos discípulos, Él comienza los anuncios de su Pasión; y en los anuncios de su Pasión, en el tercer anuncio, es el momento en que se presentan los hijos del Zebedeo, o la madre de los hijos del Zebedeo, a pedirle un puesto y Jesús, después de este encuentro, reúne a los Doce y les dice:

"Los poderosos de las naciones los oprimen, pero no ha de ser así entre vosotros. Quien quiera ser el primero entre vosotros que sea el último de todos y el servidor de todos".

Habría que decir que, en esta palabra "servidor" hay dos palabras: la palabra servidor y siervo, que es distinto. Siervo de todos porque el Hijo del Hombre no ha venido a que le sirvan sino a servir y a dar su vida en rescate por todos". Es la primera vez que Él dice expresamente esto del rescate por todos. Verdaderamente está citando a Is 53:

"...despreciado, desecho de los hombres; todos andábamos errantes como ovejas, cada uno siguiendo su camino. Pero el Señor cargó sobre Él nuestros pecados, nos ha curado con sus heridas, cuando entregue su vida en expiación..."

Efectivamente, se ve claramente que ha aflorado en sus labios lo que llevaba en su corazón, la ofrenda por nosotros, por todos, por el mundo.

¿Dónde encontramos después, en este itinerario Pascual, un segundo momento que recoja esto? Indudablemente en el momento del Jueves Santo, cuando el Señor entrega el pan y la copa. Hay una palabra que envuelve los dos gestos, el del pan y el de la copa: "esta copa que es la Nueva Alianza, sellada con mi Sangre". Esta palabra "es la Nueva Alianza" envuelve el gesto del pan y el de la copa, donde aparece la misma preposición, mi Cuerpo por vosotros, en la promulgación paulina, que es la más antigua; mi Cuerpo, no "entregado", ni siquiera "roto", por vosotros, con esta preposición "por" y después, la palabra sobre el cáliz: "mi Sangre, derramada por vosotros. Pero decía que el gesto del "por" está envuelto en una palabra que envuelve los dos gestos, y es la palabra "Nueva Alianza".

Pensemos (yo lo explico así a la gente sencilla, que tiene para esto una gran sensibilidad), por ejemplo, que al amanecer de un domingo, un chico viene de la discoteca con un cuchillo en la mano, dispuesto a clavárselo a su padre. Llega a la puerta, sale su padre y dice: "Pero hijo, ¿por qué te portas así, qué te hemos hecho?" y se lo clava y lo mata. ¿Qué ha sucedido ahí? En primer lugar, padre y madre, cuando forman una familia hacen un compromiso de amor, es la alianza; la alianza es el compromiso de amor que se hace para formar una familia y llevarla hacia adelante. Evidentemente, la alianza se sella con la muerte, padre y madre terminan la alianza el día que mueren. Esto es un poco la imagen viva que atraviesa el Antiguo Testamento: la Alianza, la Alianza, la Alianza: reunir a los hijos, poner la mesa, abrirles el camino, reunirlos en la Eucaristía final.

Pero ¿qué es nuestra "Nueva Alianza"? Esta palabra "Nueva" ¿Qué significa? Ya lo habían dicho los profetas, que el Hijo nos ofrecería la Alianza Nueva. En este ejemplo que pongo ¿dónde está la novedad? Pues que el padre se saca del corazón un amor nuevo, que nunca jamás se había sacado; en amor nuevo, es toda la hondura y toda la anchura de su amor.

Una hondura y una anchura que nunca jamás se hubiera sacado, si el hijo no le hubiera clavado el cuchillo; pero, claro, al clavarle el cuchillo en el corazón y morir, el padre abrazaba al hijo que, precisamente, le estaba matando. Pues entonces esa hondura y esa anchura del amor se ha desbordado sobre el corazón del hijo, que al ver a su padre muerto en el suelo, no es que se estremece el corazón, es que se crea un corazón nuevo; es una misericordia nueva, que crea un corazón nuevo y ensancha ese corazón a límites increíbles de anchura, de una comunidad nueva, de una mesa nueva, de una senda nueva, de un vino nuevo, de un canto nuevo... Todo lo nuevo que aparece en el Antiguo Testamento tiene que ver con la Alianza.

Entonces, efectivamente, nosotros adivinamos entre la mesa del Jueves Santo, la Cruz del Viernes, y la Mesa Pascual al amanecer del Domingo, que en ese por se esconde el secreto de la Alianza Nueva, de toda la hondura, toda la anchura, toda la altura de la misericordia y de la fidelidad, toda la gracia; es decir, toda la Liberación, toda la reconciliación, toda la salvación. Nos encontramos con algo muy misterioso.

Bien, entonces, el Hijo que ha expresado en la tarde del Jueves Santo ese gesto, ese por, mi Cuerpo vosotros, mi copa por vosotros, mi Cuerpo entregado por vosotros, mi **Sangre derramada por vosotros**, como el gesto que expresa y agota la Alianza Nueva.

Vemos que ese gesto la prolonga, volviéndose al Padre y volviéndose a nosotros. Va a Getsemaní para hacer ese gesto vuelto al Padre, y entonces reviste la misericordia de humildad, de la humildad del siervo. Y se vuelve a nosotros en la Cruz a las tres de la tarde del Viernes Santo, revistiendo allí la misericordia de dulzura; porque la humildad es el Hijo entregado como siervo, y la dulzura es vuelto a nosotros, herido por nosotros en las burlas.

Vuelto, se vuelve; vuelto se vuelve. Ya la cena la celebró así. Levantando los ojos al Padre y extendiendo las manos a los hermanos. Vuelto, se vuelve. Y muere en la cruz igual, levantando los ojos el Padre y las manos -extendidas a los hermanos. Es el mismo gesto. Vuelto, se vuelve. Aquí estoy por ellos -dice al Padre, vuelto el corazón el Padre- y luego se vuelve a los hermanos para decir "aquí estoy". Es un gesto que, además, puede ser el único gesto, porque en la Santa Cena, con el rostro levantado y las manos extendidas; y también el mismo en la Cruz, ya que las palabras de la Cruz están casi todas ellas dirigidas al Padre. Se ve así que el "por ellos" es un gesto que aparece con el rostro vuelto al Padre y las manos extendidas a nosotros; Cristo que aboga la misericordia del corazón del Padre, que por Él, con El, en El y desde El, en la unidad del Espíritu Santo, pasa a la Mesa Eucarística.

Así nosotros hemos sido asociados a ese "por ellos" de una forma muy misteriosa. Porque, efectivamente, en el relato de la Pasión que hace Juan, cuando estaba el Señor suspendido entre el cielo y la tierra y dice: "el amor ha llegado hasta el final" y el "por ellos" se ha consumado, "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo, e inclinando la cabeza entregó el amor", -que era el aliento del "por ellos", el espíritu-, de su costado sale sangre y agua, el agua del Bautismo y la sangre de la Eucaristía, que los Padres griegos expresan: lo mismo que una madre con las entrañas engendra a los hijos, y con las entrañas los alimenta, pues así Él, los ha metido en las aguas del Bautismo, donde ardía el Espíritu, los ha metido en sus entrañas, y en la copa de la Eucaristía, que es puro Espíritu Santo, nos adentra más en sus entrañas y pasamos a ser su Cuerpo.

Con lo cual, al pasar a ser su Cuerpo, podemos vivir el "por ellos" de él, en la unidad del Espíritu Santo. Es increíble. De esta forma, toda nuestra vida de inmolación y de entrega no es tanto un gesto particular; no es un gesto particular en el sentido de que yo, por mis propios puños me entrego, como gesto voluntarista; tampoco es tanto un gesto penitencialista, en el sentido de que yo me fabrico mi propia entrega, sino que estoy asociado a esa entrega, estoy hondísimamente asociado a esa entrega, y entonces mi vida no es mas que dejar pasar esa entrega, o mejor dicho, que Él mismo realice en nosotros esa entrega.

Si no tenemos esas perspectivas tan profundas, que estoy explicando, del Misterio Pascual, realmente el texto de Pablo se nos escapa. Aún así se nos escapa, pero así logramos ahondar un poco más; ¿Por qué? Porque la Eucaristía es el memorial de la Pascua del Señor. Por tanto, la Eucaristía no es un recuerdo, es un memorial ¿qué es un memorial? Es un acontecimiento que atraviesa el tiempo y nos sienta, somos contemporáneos, nos sienta. Hoy nos ha sentado el Señor a la Mesa del Jueves Santo, le hemos visto morir en la Cruz y nos ha partido el pan en la Mesa de la Resurrección: "Anunciamos tu Muerte, proclamamos tu Resurrección, Ven, Señor Jesús". El memorial atraviesa el tiempo, por tanto hoy ha dicho: "El amor está consumado"; hoy, "-inclinando la cabeza, entregó el espíritu", hoy, "de su costado salió sangre y agua", hoy, hemos sido injertados en sus heridas por el Bautismo, hoy hemos sido alimentados de su corazón en el pan y en la copa que hemos partido, hoy la Iglesia ha pasado a ser su Cuerpo, hoy la Iglesia ha pasado a ser su Esposa.

Así, ya el texto se nos comienza a iluminar, porque entonces, -nuestras pequeñas vidas, en los caminos, o las vidas de ustedes, en los Monasterios, están hondamente asociadas a él, a su Cuerpo misterioso, porque la Iglesia es el Cuerpo de la Eucaristía. Nosotros pasamos a ser lo que comemos. Al comer el Pan y la Copa, la Comunidad se hace cuerpo del Cuerpo de Cristo: "El Cuerpo de Cristo. AMEN". Y, cantan los primeros hermanos, en el "canto de Comunión": "el cáliz de bendición que bendicimos, es la comunión en la Sangre de Cristo" y "el pan que partimos es la comunión en su Cuerpo".

Por eso somos el Cuerpo, porque partimos el pan único. La palabra "cuerpo" aquí significa, por tanto, no el Cuerpo roto y la Sangre derramada, sino el Cuerpo de la Iglesia: la misma palabra que se usa para el pan roto, se usa para la Comunidad injertada, encarnada, incorporada, entrañada a ese Cuerpo roto y a esa Sangre vertida, de la Cruz. Y esto, no como un recuerdo, esto no como un propósito nuestro, sino como un memorial, como la Pascua de Jesús, que se ha hecho presente y se ha incorporado a la Iglesia para incorporar a la Humanidad, y al Universo, y a la Historia entera como un Sacramento, como un Misterio que se ve, de algo que no se ve...

¿Cómo puede suceder esto? Indudablemente por el Espíritu Santo; por eso, el momento eucarístico está envuelto en dos invocaciones al Espíritu Santo: la invocación primera, en la cual suplicamos que el pan y la copa pasen a ser Cuerpo y Sangre de Cristo; y la invocación segunda -epiclesis segunda- en la cual pedimos que la Iglesia sea cuerpo de ese Cuerpo.

Voy a intentar un momento situar esto en el contexto de las nuevas Plegarias, porque creo que con esta luz se puede entender el texto de Pablo y el texto de las Constituciones,

aunque realmente esa luz desborda ambos textos, pues se trata de rastrear la claridad del Misterio Pascual:

Cuando el sacerdote, que hace las veces de Cristo, termina este momento del relato de la institución y hace una aclamación: "este es el Sacramento de nuestra fe", y el pueblo aclama: "Anunciamos tu Muerte, proclamamos tu Resurrección, ven, Señor Jesús". En ese instante, el pasado se ha hecho presente, y se ha anticipado el futuro. Por tanto, en ese instante se está celebrando la única Eucaristía de toda la tierra, de todos los tiempos. Pensémoslo. En la Eucaristía estamos asociados; en la Eucaristía de esta mañana hemos sido asociados a esa mesa, que no es más que la Eucaristía de toda la tierra, de todos los tiempos, de todo el Universo, de toda la historia humana.

Entonces, nuestra pequeñita inmolación sí que va adquiriendo horizonte. Estemos celebrando la Eucaristía en un pueblo perdido, o en un barrio obrero, o en el centro de una ciudad, o en la soledad de un Carmelo, estamos en la única mesa eucarística, donde sucede el memorial de la Pascua por la invocación del Espíritu Santo, por la efusión del Espíritu Santo. Entonces es cuando realmente nosotros comprendemos algo, un poquito del texto; al vernos envueltos en este Memorial, en esta "epiclesis" "proclamamos la obra de tu amor. Cristo, tu Hijo, a través del sufrimiento y de la muerte en Cruz, ha resucitado a la vida nueva, y ha sido glorificado a tu derecha" Estamos celebrando el Memorial de Jesucristo. "así pues, Padre, al celebrar ahora el Memorial de la Muerte y Resurrección de tu Hijo..." Esas manos de Jesús, abiertas y heridas, donde hacemos nosotros nuestra ofrenda, no solamente en la Eucaristía, sino a lo largo del día y de la noche, son las manos que hicieron la Pasión salvadora.

Notemos ese adjetivo de las Plegarias. Esas manos estuvieron clavadas en el madero, en la muerte gloriosa. Esas manos enclavadas bajaron al abismo de los muertos, en su descenso al lugar de los muertos. Esas manos enclavadas y encendidas las vimos al amanecer del día primero de su santa Resurrección. Esas manos las vemos ahora que está sentado a la derecha del Padre, encabezando la Mesa Eucarística y la marcha del Universo en la Iglesia. En su admirable Ascensión a los cielos, y en esas manos, estamos viendo ya su segunda venida, pues vuelve ya, ya le vemos, ya saludamos su venida, pues ya está, aunque viene...

¡Marana-tha!. Mientras esperamos su venida gloriosa estamos, pues, en la celebración del Memorial de Cristo, nuestra Pascua, Memorial de la reconciliación y de la Redención.

Tendríamos que dedicarnos horas y horas al estudio de la Plegaria, para poder realmente asociarnos, porque, verdaderamente, estamos asociados sin quererlo, sin saberlo, a la ofrenda, y nuestra vida de inmolación está sostenida por esas manos, está asociada a esas manos, pero... ¿dichosos aquellos hermanos que se asocian más vivamente, más conscientemente, más exhaustivamente, en la unidad del Espíritu Santo.

Este momento de la Eucaristía es un momento en el cual vemos que aparece en primer plano el Memorial, la "amnánesis". Está Él ahí, a la cabeza del Universo en la Iglesia. Ese es el altar, E1 es el sacerdote y la víctima. Es nuestro altar. Entonces, en ese momento, la liturgia adquiere como dos latidos complementarios: uno es la ofrenda, y otro es la súplica. Haciendo el Memorial, te ofrecemos suplicando, o: suplicando te ofrecemos.

Las Plegarias, al ir dibujando este acontecimiento, lo van dibujando poco a poco, y como que cada Plegaria tiene su acento:

"Dirige tu mirada, Padre Santo, sobre esta víctima, que Tú mismo has preparado a tu Iglesia".

La palabra "víctima" es una palabra también irrastreable, porque significa aquel hermano que se carga con todas las culpas, tiene la culpa de todo. Todas las culpas caen entonces sobre sus espaldas, y no hay más que una manera de salir de esas culpas: excluyéndolo fuera de la comunidad, y haciendo que derrame su sangre, que muera. Es un gesto de crueldad que atraviesa toda la historia humana, y que en la Antigua Alianza, está expresado en la Liturgia de la Reconciliación, que aparece en los textos del Antiguo Testamento.

Cuando está el Señor sentado a la cabecera de la Mesa ¿Qué hace? Se vuelve primero al Padre, y después se vuelve a nosotros. Se vuelve al corazón del Padre llevando en sus manos su Cuerpo roto y su Sangre vertida y dice la Plegaria:

"Dirige tu mirada, Padre Santo, sobre la ofrenda de tu Iglesia y reconoce en ella la víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad".

Cuando hablamos de "ofrecernos como víctimas por la Iglesia", habría que ahondar mucho en todas estas cosas. Hay una única víctima, Jesucristo. Hay que ahondar mucho para poder encontrar a las pelarás su verdadera dimensión.

"Dirige tu mirada, Padre Santo, sobre esta ofrenda; es Jesucristo, que se ofrece con su Cuerpo y con su Sangre y, por este sacrificio, nos abre el camino hacia ti".

Es en este sacrificio, donde Él se abre al corazón del Padre, nos arrastra al corazón del Padre, nos hace pasar de esclavos a hijos, de enemigos a hermanos, nos hace hijos en Él, hermanos en Él es más, nos da el latido de su propio corazón.

Y vuelto, se vuelve: se ha presentado llevando en sus manos su Cuerpo roto y su Sangre vertida, y ahora se vuelve para darnos ese abrazo; no olvidemos el ejemplo que dije al principio, del padre traspasado, -el hermano traspasado, de los textos de Juan-. Y al acogerlos en este momento de la Plegaria, nos pasa su amor, el latido de su amor, el aliento de su amor: "Señor, Padre de misericordia, derrama sobre nosotros el Espíritu del Amor, el Espíritu de tu Hijo". Y es que, efectivamente, vuelto, se vuelve", y al abrazarnos con ese amor, en el sentido de la epiclesis segunda, es el Espíritu el que nos asocia tan inseparablemente, que podemos ofrecer su ofrenda:

"Que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo para que, congregados en un solo Cuerpo por el Espíritu Santo, y fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, tu Hijo, y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo Cuerpo y un solo Espíritu".

Es en esa epiclesis segunda donde nuestras vidas, cada mañana, son incorporadas a la ofrenda del Señor, a su misma ofrenda, puestas en sus manos, en la única Eucaristía que hay

en el Universo y en la Iglesia. Tan dentro estamos entonces de las entrañas de la Iglesia y del mundo -más dentro no podemos estar-. Entonces pasamos a ser su Cuerpo y su Espíritu.

En esta formulación de la Plegaria eucarística tercera se encuentran dos imágenes que el pueblo sencillo las vive mucho y que, trasladadas después a los textos del Nuevo Testamento, adquieren una inmensa grandeza. Los padres tienen la impresión, cuando están sentados a la mesa, de que sus hijos son su propio cuerpo. Es muy difícil para una persona que no sea padre o madre, tener esta experiencia. Ellos la tienen de tal manera, que los hijos que están sentados a la mesa son su mismísimo cuerpo; cualquier cosa que les pase a los hijos la sienten ellos vivamente, como si no hubiera más que un corazón compartido. Una experiencia física e ser un solo cuerpo. La gente lo vive así. Como si los hijos fueran los dedos, las manos, los pies, los ojos. En esa imagen, indudablemente, del amor paternal, se expresa muy bien el Evangelio; lo ha intentado expresar especialmente el apóstol Pablo, en sus cartas; cómo este puñado de vidas, asociadas a la Pascua de Jesús, son el Cuerpo de la Iglesia.

Pero hay una segunda imagen, muy querida de la tradición carmelitana, que se la debemos también en gran parte al apóstol Pablo. Y es que, así como el amor paternal es un amor desigual-siempre quiere más el padre y la madre a los hijos, que los hijos a sus padres- el amor esponsal es un amor que iguala. Juan de la Cruz ha intentado, juntamente con Teresa de Jesús y con la tradición espiritual. El amor esponsal tiene precisamente este carácter de mostrar cómo el esposo entrega a la esposa su amor, para que la esposa le ame con el mismo amor con el que el esposo la ama; o sea, un amor igual. Lo cual quiere decir que la imagen del amor esponsal levanta al puñado de vidas a poder amar con el mismísimo amor con el que son amadas. Por tanto nos encontramos en la Plegaria, no solamente con la expresión del Cuerpo de Cristo, sino con la de esposa de Cristo. Formamos en Cristo un solo Cuerpo y un solo Espíritu, que es lo que dice el apóstol en Corintios: "El que se allega al Señor, se hace un Espíritu con Él". Es el texto de la formulación teresiana, en Séptimas Moradas. Después aparece comentado en los versos finales del Cántico.

Según esto, la Iglesia en el Memorial eucarístico queda asociada, en la unidad del Espíritu Santo, a Cristo, corazón y cabeza de la Iglesia. Porque, en las primeras cartas de Pablo, Cristo aparece como el corazón de la Iglesia; en las segundas, en las cartas pastorales, como cabeza de la Iglesia. Además de Cuerpo, somos esposa de Cristo que podemos, en condiciones de igualdad, ofrecer la misma ofrenda. Entonces, podemos decir: "Te ofrecemos lo que Tú nos entregaste".

Es decir, la Iglesia, y cada uno de los hermanos en la Iglesia, -una carmelita escondida, pero también la mujer sencilla del pueblo, o un joven perdido con un tractor, o un drogadicto a la espera de un hospital- pueden realizar la mismísima ofrenda del Hijo, puesto que el Hijo la ha puesto en sus manos.

Notemos, entonces, cómo el texto de Colosenses, y también este texto de las Constituciones, se nos van iluminando. ¿Por qué? Porque de esta forma nosotros podemos ofrecer lo que Él mismo nos ha ofrecido, en la misma ofrenda, en la unidad del Espíritu Santo, en la igualdad de ofrenda.¡

¿Cómo vamos a vivir nosotros la pro-existencia de Jesús? Ahora, a los teólogos, les gusta mucho hablar de la pro-existencia. La existencia es existir desde uno mismo. La

pro-existencia es el,"por ellos" es decir, por el otro. En el dibujo de San Juan de la Cruz ¿Quién sostiene al Cristo? Solamente los clavos de su amor: "Y al cabo de un gran rato se ha encumbrado sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos, y muerto se ha quedado asido de ellos..." Es un Cristo que está a solas, a secas, a oscuras, nadie le acompaña, nadie le contempla; "muerto se ha quedado asido de ellos, y el pecho del amor muy lastimado. Es el dibujo del "por ellos" más bello de todos los iconos de los -veinte siglos. Un dibujo modestísimo, hecho en plumilla, de ese "por ellos" al que hemos sido asociados. No olvidemos que es el canto de la pastora, el canto del amor esponsal.

Precisamente el canon romano, que es muy antiguo, es un canon que esté atravesado por esta idea del sacrificio; y es en el canon romano donde aparece precisamente como que nosotros mismos llevamos la Sangre del altar al altar del cielo. Parece increíble ¿Verdad? ¡Qué imaginación!

Por eso nosotros, tus siervos, (nosotros, el nosotros de la Iglesia) te ofrecemos, Dios de gloria y majestad, de los mismos bienes que nos has dado, el sacrificio puro, inmaculado y santo, pan de vida eterna, y cáliz de eterna salvación".

Admirable, porque en esta Mesa está concelebrando Abel, Abraham, Melquisedec, todas las ofrendas se han concentrado allí.

"Mira con ojos de bondad esta ofrenda y acéptala, como aceptaste los dones del justo Abel, el sacrificio de Abraham -nuestro Padre en la fe y la oblación pura de tu sumo sacerdote Melquisedec".

Y el sacerdote incluso hace un gesto, vuelto sobre el altar:

"Dios todopoderoso, te pedimos que esta ofrenda sea llevada a tu presencia hasta el altar del cielo por manos de tu ángel (yo, cuando digo "por manos de tu ángel" pregunto: "el ángel será tu Hijo ¿verdad?), para que cuantos recibimos el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, al participar aquí de este altar, -se ha juntado el cielo con la tierra, lo humano y lo divino-, seamos colmados de gracia y de verdad".

Vemos cómo estamos situados ante una asociación tan misteriosa, que podemos decir que estamos levantando nuestras manos al sacrificio vivo y santo, "el sacrificio agradable a ti, y salvación para todo el mundo". Ahí entonces podemos decir, con la Plegaria eucarística de Basilio:

"Concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz, que congregados en un solo Cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria".

Con lo cual, lo que era la víctima nos ha asociado tan íntimamente a nosotros, que somos ahora el "nosotros" de la Iglesia. Pensemos que el puñado de vidas del Carmelo no es más que una presencia humilde, visible, de esa ofrenda de la Iglesia, con Ella, por Ella, desde Ella, para Ella; no somos el corazón de la Iglesia, estamos en él, en su corazón. Pero no somos, estamos, estamos ahí, en esa víctima viva. Ahora tropezamos con la palabra viva, víctima viva; seguramente que estáis recordando Rom 12:

"Os ruego hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como víctima viva y que rastreéis cada día la voluntad del Señor, para que vuestro sacrificio sea agradable, para alabanza de su gloria".

Hay un texto de Isabel de la Trinidad que está inspirado, como sabemos, en el comienzo mismo de la carta a los Efesios...

Nos estamos así aproximando al texto, creo que ya lo comprendemos un poco. "Acéptanos también a nosotros, Padre Santo, juntamente con la ofrenda de tu Hijo". ¡Qué maravilla! Y entonces es cuando, si realmente somos aceptados en la ofrenda del Hijo, podemos hacer de nuestra vida una ofrenda permanente. Porque la ofrenda, que consiste entonces en tomar la forma de siervos, en cargarse con los hermanos a las espaldas, en ser dichosos cuando toda la culpa de todo la tenemos nosotros, ¡qué dicha más grande! cuando cualquier golpe que se escapa acaba apareciendo en nuestro cuerpo, cuando se dejan ver las heridas, cuando las heridas se hacen liturgia de alabanza, cuando la Eucaristía se continúa en toda la jornada como una servidumbre de amor en la humildad; -que esto, digo yo, es lo que decía la Madre Teresa de Jesús cuando, hablando de todo el carácter penitencial del Carmelo, insistía tanto en el amor, en el desasimiento y en la humildad; porque entrando a ese amor desasido y libre es como podemos alcanzar el "poquito de amor puro".

Aunque apenas hemos rozado los textos, parece que ahora se comprende bastante bien: unidas a la intercesión y al sacrificio de Cristo, ofreciéndose todas juntas a Dios (Séptimas Moradas) completan lo que falta a los sufrimientos del Señor; está bien el cambiar el título "los sufrimientos de Cristo" por "los sufrimientos del Señor", porque el Señor es el que encabeza la Iglesia, en favor de su Cuerpo Místico. "Cuerpo Místico", que no aparece en el texto, es una palabra tardía. Pablo no habla nunca de Cuerpo Místico.

De la penitencia, que empalma tantísimo con la vida de los pobres, porque... ¡váyanse Vds. del rigor de su penitencia! al lado de lo que la gente pasa; por tanto, tiene sentido, ¡claro que tiene sentido! el rigor de la penitencia, y del desasimiento, y del hambre, y de la desnudez y el frío, que es lo que pasa la gente, donde Cristo continúa su Pasión, ¡Qué bonito! donde visiblemente la continúa. Pero se trata de gestos muy concretos, muy diarios, que, además, dejan marcas en el cuerpo. Son gestos que están atravesados por ese aliento del Espíritu, se abren a la acción del Espíritu Santo, ese Espíritu -que, en la Plegaria, nos ha asociado a la ofrenda del Hijo. Nos va continuando, va llevando a la Iglesia de la Mesa al camino, del camino a la Mesa, y la va guiando y la va vivificando en favor del mundo como ofrenda permanente, como la víctima del mundo, como el desecho y la basura del mundo que es donde germina la primavera del mundo.

Pero hemos de notar que, en el texto de las nuevas Constituciones, se ha querido expresar esto de forma que se empalma Séptimas Moradas con Cántico Espiritual de Juan de la Cruz, y se dice en las Constituciones que en el fondo de todo esto, de esta ofrenda, se trata de dejar germinar en el corazón un poquito de amor puro, de amor puro, que sólo es amor, ni más ni menos, que no tiene otra causa que el amor, que no tiene otro camino que el amor, que no tiene otro premio que el amor, el amor de Cristo, puro y solitario, porque es el amor del Señor en la Cruz. El, para ser de todos, se quedó solo, para asociarse a todos estuvo únicamente solo. Recordemos aquel verso del Cántico: "En soledad vivía, y en soledad ha puesto él su nido..." Un hermano se queda a solas con Él, para que él solo sea

todo para Él, y así pueda entregarse como siervo humilde de todos, sin que nadie sea para él. Que no haya una sonrisa que le agradezca nada, ni un comentario; entonces es cuando entra verdaderamente en la asociación Pascual en el Cuerpo, en favor de la Iglesia. Por eso, el comentario del puro amor, del poquito de amor puro y solitario, se empalma, en el texto, con la "Venite Seorsum", que hay que tener siempre ante la vista, porque es el gran documento de la Iglesia sobre la vida contemplativa, que presenta la vida contemplativa como asociación viva a la Pascua de Jesús, al monte Calvario. Se entiende bien ahora "este poquito de amor puro y solitario; que es más precioso delante de Dios, y demás provecho para la Iglesia, que otras obras juntas".

Dejamos sin aclarar el texto de las Constituciones, y tampoco, ni mucho menos, el texto de Pablo. Pero creo que habiendo puesto luz a una preposición, a la preposición por. Es decir, entre las manos de Jesús, asociados así a Él, se puede realizar en nosotros el amor que sustituye a los hermanos, el amor que se inmola por ellos y, misteriosamente (los hermanos de la Iglesia Protestante se estremecen al oír esto), misteriosamente asociados a su expiación -porque Él expía en nosotros, continúa su obra de expiación en nosotros-.

Habría que matizar muy detenidamente, para que nosotros no pensemos que somos corredtores, que somos la víctima, que somos los que reparamos; sino que, tocando este punto tercero donde el Hijo, en la unión hipostática, se une a la Iglesia. Es pura gracia. Más bien es Él, quien se pone en lugar de los hermanos, es El en nosotros el que vive y realiza el amor que sustituye, es Él en nosotros el que realiza el amor que se inmola, es El en nosotros el que realiza el amor que expía, que redime, que reconcilia. Es una representación de El en nuestra vida. Por tanto, nosotros le ofrecemos.

Creo que es en ese sentido, en el que la oración de Isabel dé la Trinidad -tal como está dicha- se podría matizar. Ella habla de que somos "una humanidad suplementaria, donde El realiza su misterio": quizá el adjetivo suplementaria no está bien, somos una representación, Él se representa, Él continua orando; le podemos ofrecer a Él la gracia de hoy, aquí, ahora, en esta Iglesia, en esta tierra; que Él ore por esta Iglesia, por esta tierra, que Él sustituya a los hermanos, que se inmole, que los reconcilie, y ofreciéndoles nuestro barro, para que El prolongue su misterio. No sé si logro algo con estas matizaciones. Cuando hago estas pequeñas sugerencias de contrapuntos, no es por un juicio sino porque, al estudiar un poquito la Teología y la Biblia, me doy cuenta de que las afirmaciones, cuanto más aquilatadas, son más vivas y más luminosas.

En resumen, que toda nuestra ofrenda entre las manos del Hijo que se ofrece en la Eucaristía, es la misma ofrenda de Él en nosotros, y que entonces somos asociados a su ofrenda para hacer algo que sobrepasa nuestra ofrenda, que es la suya en la unidad del Espíritu Santo. De esta forma, cuando vayamos transformándonos más por El, con Él, en Él y desde Él, en la unidad del Espíritu Santo estamos haciendo un camino de adentramiento y de expansión; es el camino que ha de ser dibujado en el proceso de la transfiguración en el Señor.

No he querido más que, durante una hora, explicar algo de esto. Me parece que hemos puesto un poquito de luz. Ahora es bueno reflexionarlo y profundizarlo en la oración.

Respondiendo a algunas preguntas:

El Misterio Pascual y la Eucaristía es el centro y cumbre, arranque y término; es ahí, en ese abismo de amor, donde adquieren sentido todos nuestros gestos.

Cristo ¿sigue sufriendo ahora en sus miembros? Yo no he querido entrar en ese texto, porque requiere una larga meditación. Indudablemente, el Señor continúa su Pasión, la continúa en los hermanos que sufren, y continúa curando nuestras heridas. Los exégetas protestantes nos han abierto los ojos a que no hay más que un Mediador, sólo un Mediador: Cristo. Juan de la Cruz está muy próximo a esta radicalidad. Sólo Él, sólo Él, sólo Él; y ¿cuándo hizo más Él? Cuando se entregó en la Cruz. Por eso nosotros, lo más que podemos hacer es ofrecer nuestro cuerpo para asociarnos a su entrega.

Cuando al Hermano Carlos de Foucault lo mataron, dejó escrito, aquella misma mañana en que lo mataron, un texto en que cita a San Juan de la Cruz, diciendo que, en el fondo, lo que más puede hacer un hermano por otro es entrar en el anonadamiento del Señor. Un hermano que entre con cuerpo y espíritu al anonadamiento de Cristo, en realidad es Cristo el que despliega en la carne toda la fuerza misma de su Pasión. En ese sentido, como el Señor continúa sufriendo en los desgraciados y en los pobres, su Pasión continúa.

Hay dos formas de asociarse: la asociación de los que sufren, aunque no estén en la Iglesia, y nuestra asociación, de los que estamos en la Iglesia, en su Cuerpo Místico, para curar las heridas de los otros. Según esto, Él continúa su Pasión en los pobres, y Él, en sus hermanos, continúa curando aquellas heridas. Con nuestras manos y nuestra entrega El ha curado y sigue curando las heridas; Él curó en los caminos las heridas con sus manos, y luego en la Cruz ha curado las heridas con sus propias heridas. "Con sus heridas hemos sido curados" Y, realmente, en el vía-crucis de los pobres, Él continúa sufriendo su Pasión, y en nosotros quiere curar aquellas heridas con las nuestras, que son suyas en nosotros. En ese sentido, nosotros prolongamos su Pasión, o Él la prolonga en nosotros.

De esta forma, el texto de Colosense, que es único, pues no hay en el Nuevo Testamento otra formulación; es única y muy querida en la Iglesia Católica y por tanto muy verdadera, porque está con la aceptación de toda la Tradición detrás, pero que al centrarlo todo en Él, porque hay que centrarlo, como único Mediador, porque no hay más que un mediador, que es él, nada más, sus -heridas en la Cruz, entonces realmente nuestra vida no es que se disminuya, es que SE AGRANDA, es que, lejos de disminuir el Misterio de la Iglesia, lo que hace es levantarlo con el amor esponsal a una asociación increíble, pero que ya no podemos gloriarnos de ella, ya no podemos levantar ante el Señor los ojos y decir que somos los observantes penitentes, y creernos superiores a los que no son "observantes penitentes". En la tradición oriental, los monjes se consideran los más pecadores de la Iglesia; piensan que están en el Monasterio porque son los grandísimos pecadores que, para mostrar a los demás que van a ser compadecidos, el Señor ha querido mostrárselo en estas vidas, que son las vidas de los grandísimos pecadores. Dice Pablo. "Si Dios se ha compadecido de mi, ¿cómo no va a compadecerse de los otros?-

Los monjes, los teólogos, los apóstoles, tenemos el peligro de caer en el pecado de la idolatría. Los demás pecados son pequeñitos; nosotros -yo por lo menos- me considero un pecador de idolatría; sinceramente lo digo, y de esto me confieso; me veo envuelta en una

gran misericordia, ¿de qué me voy a gloriar? ¿Por qué no entrar en un radicalismo olvido de nosotros mismos y de todas las menudencias, entre las que nuestra vida se pierde tremendamente, para vivir extáticamente (con x , pero sin muchas visiones y revelaciones) vivir fuera de nosotros, en lo que se llama séptimas moradas?. Extraño olvido, por él, con -El y en Él. Yo creo que teníamos que intentar vivir así.

Tienen que perdonarme el apasionamiento. Por eso es bueno una cura de silencio porque, para dejar pasar la Palabra hay que escucharla antes muchas veces. Realmente, este texto que me pregunta, es que... es un texto que hay que ponerse de rodillas, porque eso de "Sufro en mi cuerpo los padecimientos de -Cristo, por su Cuerpo, que es la Iglesia". 'Es cierto, falta algo a estos sufrimientos, porque Él continúa su Pasión hoy de nuevo, pero lo que falta lo hace Él en nosotros. No sumamos nosotros nada a esa Pasión, es El mismo el que la agranda, de una forma nueva, inédita.

Ahora está manifestando su Pasión de una forma que nunca la había manifestado. Cuanto más son las heridas de los pobres, que son grandísimas, pues más heridas tiene que haber en el corazón de los discípulos para curar esas heridas; y si es que las heridas son nuevas, éstas también tienen que ser nuevas. Ya estaban contenidas en embrión en el día primero de la Resurrección las heridas que ahora se manifiestan. Pero se van manifestando, a medida que pasan los siglos, de forma nueva. Por eso el Memorial es el mismo, pero hoy es nuevo.

Por esto digo que está bien que, a través del Memorial, comprendamos que sí, verdaderamente algo falta a su Pasión. Mucho. Y si nosotros nos disponemos a un sí pequeñito..., Él nos pide las manos abiertas; hay que ponerlas. Y ¿si no oponemos? Pues sí, con nosotros, o contra nosotros, o fuera de nosotros, Él continúa.

Es muy bonito, porque nos sitúa en la praxis espiritual. Me doy cuenta de que es un texto difícil. A la mediación del Señor no se puede añadir nada. Hay que tener en cuenta, cuando decimos que la Virgen es Mediadora, a ver q queremos decir, pues Mediador entre Dios y los hombres no hay más que uno, y por tanto Él es el sacerdote, único sacerdote, sólo El, y todos los demás, en El, víctima. ¡Qué tremendo es esto! Y de una concentración cristológica y Pascual y Eucarística admirable. No podemos comprenderlo, sino aceptarlo. San Juan de la Cruz dice: "El Amén nuestro es un regalo suyo". Ese Amén es nuestro, pero está tan envuelto de amor por Él, que es nuestro y suyo. Suyo en nosotros. Cuando no es suyo, es más que nunca nuestro. Pero es suyo, es la gracia. Si no ¡pobrecitos de nosotros! ¿Cómo vamos a decir Amén? Es un misterio que nos envuelve, y ¡tan contentos de ser envueltos!

He intentado decir algo de este texto: "Sufro en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo..." Estremece decirlo: "Sufro en mi cuerpo lo que falta a la Pasión de Cristo". Yo creo que la única forma de entenderlo es desde la Plegaria Eucarística. Si estamos asociados a Él, si podemos ofrecer la misma ofrenda en condición de igualdad... "ofrecemos lo que tú nos entregaste" -¿verdad que se entiende?- Yo lo entiendo muy bien desde la Plegaria Eucarística, desde la epiclesis, con la gracia del Espíritu Santo.

A M E N

A. M. D. G. V. M.